

del viejo algunos lo loaron y aprobaron, pero otros dijeron, que era inicuo y lleno de crueldad. Finalmente, volvieron a consultar sobre ello, y de común acuerdo concertaron que fuesen otra vez los oráculos consultados y que se les preguntase, si placía a los dioses que se les ofreciesen en sacrificio las décimas de los hombres, así como también se les ofrecían las de los frutos de la tierra.

Pero de aquí nació entre los principales de las ciudades y multitud y canalla de el pueblo una muy grande sedición, turbación y alboroto, sospechando, la gente común, no fuese ésta alguna maldad inventada por los de el gobierno para apocar y disminuir la gente. De donde se comenzó a desamparar la tierra, huyendo unos de otros y teniendo cada cual al otro por sospechoso; lo cual fue causa de que muchas ciudades se despoblasesen y quedasen como asoladas por la fuga y huida de sus moradores; siguiendo los padres a los hijos que huían, los hermanos a sus hermanos, deudos a deudos y los mezclados por afinidad a los que reconocían por participantes de su sangre y en grado parientes; y esto fue en tanto extremo (dice Dionisio) que de las gentes que de Italia huyeron se hinchó la Grecia y la Barbaria (que es provincia cercana a Grecia) por lo cual no pocos años fue vejada y afligida Italia.

Temiendo, pues, los que gobernaban los pueblos los escándalos y rumores de las gentes, y queriendo juntamente satisfacer a la religión de los dioses, a los cuales pensaban que de derecho todo les era debido; ordenaron (como por medio de paz) que de los mancebos que llegaban a edad de adolescencia se escogiesen algunos y los sacrificasen por primicias. Y dice más abajo Dionisio, que afirman los que de esto tenían más larga noticia y experiencia, haberse hecho este sacrificio a Saturno, en los tiempos antiguos, de la misma manera que los cartagineses los usaban en su provincia, antes que su ciudad se destruyese. Los celtas (que son los franceses comarcanos de España) y las gentes más occidentales, hacían sus sacrificios de hombres ofreciéndolos a los demonios.

CAPÍTULO XIII. *Donde se prosigue la materia de los sacrificios, y se prueba su antigüedad y general uso entre los gentiles, y no ser contra la ley natural ofrecer a Dios los hijos en sacrificio, siendo por él pedidos*



USEBIO (prosiguiendo la materia de el sacrificio de hombres, tan usado en todo el mundo) en el libro arriba citado, en el capítulo séptimo,<sup>1</sup> dice estas palabras: Diodoro en el vigésimo volumen de su historia, escribió cosas semejantes a las dichas, en los capítulos pasados, a los cartagineses y a Agatocles, tirano de Sicilia, después de la muerte de Alejandro Magno, en tiempo de el primer Tolomeo, por estas palabras: Decían

<sup>1</sup> Euseb. lib. 4. cap. 7. de Præp. Evang. circa fin.

haberse Saturno airado contra ellos, por razón de que como antes le solían sacrificar los hijos de los más nobles y excelentes hombres de la república, dieron después en guardar sus hijos y esconderlos y sacrificar, en su lugar, niños comprados de gente común y baja, de los cuales se sacrificaron muchos; fue hecha sobre esto diligente inquisición, y hallaron ser verdad aquel engaño; por lo cual fácilmente se persuadieron a creer, que hacerles guerra sus enemigos, y vencerlos, era por no haberse guardado pura e inviolablemente la costumbre antigua y ceremonia religiosa de sacrificarse los hijos de los nobles y caballeros; para cuyo remedio, queriendo aplacar la ira y saña de los dioses, sacrificaron doscientos mancebos de los más nobles y calificados; del cual sacrificio, pareciéndoles a otros mancebos que podían dejar sospecha de su cobardía y poca devoción, se ofrecieron otros trescientos para el mismo sacrificio. Tenían una estatua de Saturno, hecha de metal de excesiva grandeza, cuyas manos eran con tal artificio obradas que llegando a la tierra alcanzaba a todos los mancebos que por fuerza eran traídos a su presencia, con los cuales daba en una grande hoguera que tenía junto a sí para este propósito hecha. También ofrecían y sacrificaban hombres a Mavorte (que era el dios Marte) en todas las partes donde era tenido y reverenciado por dios. Concluye pues Eusebio en aquel libro cuarto,<sup>2</sup> con los sacrificios que los hombres de hombres hacían, contando las provincias del mundo, epilogando las que hasta su tiempo se sabían, diciendo: Grecia, África, Tracia, Scithia; la prudentísima gente de Atenas, la gran ciudad de Roma, Salamina, Rodas, todas las islas, Chío, Thenedo, Arcadia, Lacedemonia, Egipto, Fenicia, Libia, Siria, Arabia, fueron todos éstos sacrificadores de animales y hombres, hasta que vino Jesucristo nuestro señor, con cuya venida se alumbraron los entendimientos de las gentes y cesaron de sus cegueras y crueldades. De los gálatas, refiere Theodoro,<sup>3</sup> que a todos los malhechores guardaban cinco años, y puestos en unos palos o empalándolos los ofrecían a sus dioses. Otros los echaban sobre grandes fuegos y allí los quemaban vivos, ofreciéndolos a los demonios, como por primicias de su devoción; también a los cautivos sacrificaban a los dioses.

Mucho agrava Lactancio<sup>4</sup> los sacrificios de los niños inocentes, cuya edad suele ser a sus padres dulcísima, y se espanta que no bastase la misma naturaleza y amor natural que se les tiene a impedir semejante impiedad y el respeto que se debe a la propia sangre, para que les atajase el paso y atase las manos, para no cometer este hecho, sacrificando a los dioses sus propios hijos; y llama a este sacrificio hazaña execrable o plaga de el linaje humano. A esta razón de Lactancio podían responder estos sacrificadores, que mucho mayor es la piedad que se debe a Dios que a la propia sangre; porque aquellos que ofrecían a sus hijos en sacrificio, aunque en realidad de verdad erraban, por ser demonios y no dioses a los que se ofrecían, entendían ofrecerlos a Dios, al cual debemos todo lo que somos; porque como dejamos probado en el capítulo primero de este libro, nuestro enten-

<sup>2</sup> Euseb. lib. 4. cap. 8.

<sup>3</sup> Theod. lib. 6. cap. 9.

<sup>4</sup> Lact. ubi supra.

dimiento juzga deberse a Dios naturalmente, en servicio, todo lo que es, puede y tiene, no sólo de las cosas que son suyas accidental sino esencialmente; porque (como ya dijimos) el sacrificio es una protestación y reconocimiento con que se humilla y sujeta el que lo ofrece al que es ofrecido; pues a la razón de esta protestación y reconocimiento, pertenece que el hombre reconozca haber recibido de Dios todo aquello que es y posee, y que se lo debe en servicio como después de Santo Thomás lo dijo San Antonio de Florencia.<sup>5</sup>

Siendo pues así, que el hombre debe a Dios todo lo que es y tiene; y siendo juntamente tan grandes las mercedes que de él ha recibido, se sigue luego quedar el hombre a Dios tan obligado, que aunque haga todo su deber en su servicio no satisface dignamente a lo que debe. Por lo cual digo que no erraban éstos en este sacrificio, aunque en la intención erraban; pues lo ofrecían al demonio; al cual no se le debe por ser cosa debida a Dios, que es señor de vida y muerte; y era más razón acudir a la piedad del culto de Dios, que a la que se debe a la propia sangre y al amor de los hijos naturales, por cuanto es muy más natural reconocer con servicio a Dios, que acudir al favor y amparo de los propios hijos, los cuales se deben posponer por ello, mayormente que no había ley ninguna positiva que contradijese aquel modo de ofrenda y sacrificio; y no habiéndola se debía por todas maneras.

Mas de punto debemos subir la prueba de este caso, diciendo que la vida de cualquier hombre, por justo que sea, es debida a Dios por el pecado de Adán, en cuanto por él está obligado a la muerte; por el cual, como dice el Apóstol,<sup>6</sup> entró la muerte en el mundo; y siéndole debida, debe dársele cada y cuando que se la pida; cuya prueba tenemos en Abraham, a quien dijo Dios que le sacrificase a su hijo, y el santo patriarca, no dudando en el divino mandamiento, lo puso en ejecución, aunque no llegó a efecto por la misma ordenación divina.<sup>7</sup> Pero lo que yo quiero probar por lo dicho es que ya Abraham obedecía en sacrificar a su hijo, al cual, como la Sagrada Escritura nota, amaba tiernamente; pero posponía el amor natural y la piedad de la sangre propia, por acudir a lo que sabía que era gusto y voluntad de Dios, la cual ha de ser antepuesta a todas las cosas. Y de Sansón leemos,<sup>8</sup> que se mató a sí mismo en defensa de la honra de Dios, como afirma Lira,<sup>9</sup> porque los que le tenían preso y cautivo eran idólatras y lo ultrajaban en menosprecio de Dios; por lo cual queriendo vengar la injuria que Dios recibía de aquellos filisteos incircuncisos, se mató a sí mismo, ofreciéndose a Dios en sacrificio, y mató consigo los blasfemos que idolatraban; y esto no sin voluntad y beneplácito de Dios, lo cual parece ser así, por cuanto milagrosamente le fueron restituidas las fuerzas antiguas que antes había perdido, por haber descubierto el secreto de ellas a su mu-

<sup>5</sup> Div. Anton. par. 1. tit. 14. cap. 5 et 2.

<sup>6</sup> Ad Rom. 5.

<sup>7</sup> Genes. 22.

<sup>8</sup> Iud. 16.

<sup>9</sup> Lira super hunc locum.

jer Dalila, que era señal e indicio de que Dios quería que muriese por aquel modo, dándole su vida en aquella ocasión, que era el para cuando la había recibido. De donde se sigue notoria y manifestamente no ser el sacrificio hecho cruel, aunque parece inhumano, porque siendo la vida deuda debida (como dejamos probado) es razón que se pague cuando se pide; y vemos que el demonio la pedía en algunas ocasiones con expresas palabras, ya que en otras no; y así no erraban, por tener creído que era Dios el que los pedía, aunque iban errados en la intención, ofreciéndolos a los dioses, que no eran sino crueles y detestables demonios, a los cuales creían serles debido aquel sacrificio por razón de estimarlos por dioses y tener creído que lo eran.

Esto se declara con lo que dice Plutarco en sus *Problemas*, que como los romanos entendiesen que ciertas gentes bárbaras, que habían sujetado a su imperio, habían sacrificado hombres a los dioses inmortales, según la ceguedad en que vivían, y mandasen llamar a los gobernadores y señores de ellas para castigarlos por ello, no lo hicieron, informándose que hacían el dicho sacrificio por ley y costumbre antigua que tenían; pero mandáronles que de allí adelante no usasen de semejante sacrificio; como quiera (dice Plutarco) que los mismos romanos, pocos días antes habían sacrificado dos hombres y dos mujeres, franceses y griegos, enterrándolos vivos en el foro Boario; y fuera justo que no cometieran lo que en otras naciones reprehendían; pues que lo juzgaban por malo. Que los romanos hayan sacrificado los franceses y griegos dichos, demás de decirlo Plutarco, lo dice Tito Livio;<sup>10</sup> y también refiere que un cónsul, por hacer fiesta a una mujer que traía consigo, sacrificó a cierta persona en su presencia, en la ciudad de Plasencia en Italia, según Plinio,<sup>11</sup> en un banquete que le hizo, lo cual dice Tito Livio en el libro nono.<sup>12</sup>

De Juliano Apóstata, grande hechicero, que siempre se aconsejaba con los demonios, se cuenta que los sacrificios principales que de secreto ofrecía a los demonios eran hombres. El cual, según refiere Sócrates,<sup>13</sup> en la historia tripartita, cuando quiso ir a la guerra contra los persas (donde murió mala muerte), en un templo, donde hizo sacrificio secretamente en la ciudad de Carran, se halló una mujer colgada de los cabellos, los brazos extendidos y el vientre abierto, en cuyo hígado vido señales de que había de alcanzar victoria; pero burlóle su maldad y el demonio con quien se aconsejaba. Y después de su muerte se hallaron en su palacio imperial, en la ciudad de Antiochia, muchas cestas llenas de cabezas de hombres y cuerpos muertos en los pozos que había sacrificado el infelice y mal aventurado, siendo cristiano, aunque apóstata y hereje. Tulio, en el libro segundo de las *Tusculanas questiones*, cuenta que los espartanos, vecinos de la ciudad de Esparta, en Laconia y Metrópolis, en Peloponeso, acostumbraban azotar tan cruda y reciamente a sus hijos delante de los ídolos, que de la mucha sangre

<sup>10</sup> Tit. Liv. lib. 2. dec. 1.

<sup>11</sup> Plin. lib. 3. cap. 15.

<sup>12</sup> Tit. Liv. lib. 9. dec. 4.

<sup>13</sup> Socrat. lib. 7. cap. ult.

que derramaban bañaban el suelo y ellos morían; y esto hacían por género de sacrificio. También se halla que los ingleses ofreciesen hombres en sacrificio, como lo dice Alejandro al fin del libro sexto, haciendo este sacrificio de cautivos.

CAPÍTULO XIV. *De cómo los españoles y andaluces sacrificaron hombres a los demonios, a los cuales adoraban por dioses*



LOS QUE EN ESTOS PRESENTES TIEMPOS nos preciamos de españoles y blasonamos ser de la más bulliciosa sangre de el mundo y que hacemos ventaja en valor a las otras naciones que por él se hallan, no podremos, a lo menos, negar que si aquéllos incurrieron en ignorancias bárbaras, que no fuesen muy participantes de ellas nuestros antepasados y dichos españoles, porque no hay cosa que por las provincias de la tierra se haya hecho y usado en que ellos también no hayan ido a la parte, mostrándose en esto tan ignorantes y bárbaros como los demás, que errando hacían semejantes desatinos y disparates. Uno de los cuales, como hemos visto en los capítulos pasados, ha sido sacrificar hombres a los demonios, en el cual acto y hecho los dichos nuestros españoles son convencidos, diciendo Estrabón,<sup>1</sup> de los vecinos del río Duero, que sacrificaban de ciento en ciento los hombres, al cual sacrificio llamaban hecatombes; de los cuales sacrificios ofrecían las manos derechas al dios Marte, como en ofrenda preciosa. Tenían por costumbre, para sus agüeros, mirar con atención las asaduras de los difuntos ofrecidos y ninguna cosa de ellas cortaban; pero consideraban mucho las venas de los lados, y dándoles mil vueltas conjeturaban, por las señales que hallaban en ellas, las cosas que querían saber; para cuyo intento había sido hecho el sacrificio. De las tripas de los cautivos sacrificados sacaban sus adivinanzas, las cuales envolvían en unos sayales o jergones, y según hallaban en ellas las heridas así las notaban e interpretaban, y por ellas se prometían los bienes o los males. Esto y mucho más dice Estrabón en su *Geografía*. De los moradores de las sierras y montañas, dice que ofrecían al dios Marte, en sacrificio, los cautivos que prendían en la guerra y los caballos juntamente; los cuales también acostumbraron ofrecer todo género de cosas, en centenarios, como era costumbre, o según la costumbre gregánica. Dice más Estrabón, ser propio de los españoles ofrecerse en sacrificio, por sus amigos y hacer voto de morir por ellos.

Los andaluces, gente en aquellos tiempos más simple y pacífica que otra alguna, comenzaron el uso y costumbre de los sacrificios, cuando les entraron las tierras y rincones los fenices que vinieron al olor y reclamo del oro y plata, que por aquellas riquísimas provincias había. Esta mala costumbre se les pegó, como lepra o sarna, de la mucha conversación y familiaridad que tuvieron con los dichos cartagineses, fenices y africanos, aprendiendo

<sup>1</sup> Strab. lib. 3.